



J A C I N T O R E Y

EL ÚLTIMO

CLIENTE



viceversa thriller

El último cliente

Jacinto Rey





www.editorialviceversa.com

Advertencia: Los personajes y situaciones retratados en esta novela son por completo ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

© Jacinto Rey, 2009

© Editorial Viceversa, S.L., 2009
Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: mayo 2009

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain - Impreso en España

Diseño de cubierta: Opalworks

ISBN: 978-84-937109-1-0

Depósito legal: M-17689-2009

Impreso por Dédalo offset, S.L.

*Para Mayland,
que me multiplicó la vida.*

Capítulo 1

Un ejército de barcas semihundidas, protegidas del naufragio por sus amarres, parpadean en la oscuridad del canal de Brouwersgracht.

Dos jóvenes salen abrazados del *Bruin Café Het Pape-neiland*, uno de los más antiguos de Ámsterdam. A pesar del frío intenso, se detienen para besarse junto a la cicatriz del canal. Cerca de ellos, el viento hace temblar las bicicletas encadenadas al puente Papiermolensluis.

—¿Vamos a tu casa? —pregunta él.

—Mis compañeras de piso organizan una fiesta esta noche. No estaríamos tranquilos.

—Pues a mi casa tampoco podemos ir. La novia de Bart ha venido a visitarlo y le prometí que no aparecería en toda la noche.

—Da igual —dice ella—. Me apetece dar un paseo.

Camina abrazados, esquivando los coches aparcados junto al agua. Se cruzan con un hombre que pasea un perro y que, sin prestarles atención, se aleja bajo el paraguas de árboles.

En el canal de Prinsengracht chapotea una barcaza, pintada de rojo y negro. Es una de las muchas casas flotantes que desafían la humedad y el frío de Ámsterdam. Tiene una fila de ojos de buey sobre la línea de flotación y una pequeña terraza con un banco y tiestos de lavanda. Una de sus ventanas chirría, empujada por el viento.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunta él.

—¿Y si viene el dueño y nos descubre?

—No vendrá nadie a estas horas. Debe de ser un hotel para turistas... si aparece alguien, podemos decir que estábamos limpiando el barco.

—¿Y piensas que nos van a creer?

El joven acaricia los cabellos de la muchacha y le besa la nuca, para vencer su resistencia. Tras comprobar que nadie los mira, saltan a la gabarra y permanecen inmóviles hasta que la barcaza deja de zarandearse.

—Esto no me gusta nada —dice ella—. Es mejor que nos vayamos.

Su novio no le hace caso. Asoma la cabeza por la ventana y pregunta si hay alguien en el interior. A continuación se sube al banco clavado en la terraza y entra por el ventanuco. Se oye un ruido seco, e instantes después la puerta se abre.

La joven insiste en irse, pero él la arrastra hacia el interior. Descienden los escalones y exploran la gabarra, sin encender las luces. A pesar del techo relativamente bajo, el salón es amplio y tiene un gran sofá en forma de L. Sobre una estantería hay un televisor de pantalla plana y varias estatuillas de marfil.

El joven la sujeta por la cintura y empieza a besarla. Introduce una mano debajo de su blusa para desabrocharle el sujetador, pero detiene su avance al darse cuenta de que está temblando.

—¿Qué te pasa?

Ella señala con una mano hacia el extremo del salón. Colgada de una viga, una mujer balancea los pies en el aire.

Capítulo 2

La inspectora Cristina Molen recupera la conciencia lentamente. Primero siente el picor de sus calcetines de lana; después, el tacto áspero del antifaz; finalmente, el ruido del teléfono, aunque tal vez sea del televisor, que muchas noches se olvida de apagar.

La persistencia del ruido hace que acabe de despertarse. Extiende su brazo hacia la mesilla y descuelga el teléfono. Es una llamada de la comisaría. Un agente de la brigada criminal le informa, con voz neutra, del descubrimiento de un cadáver en una barcaza fondeada en Prinsengracht. Todo parece indicar que se trata de un suicidio.

Cristina apunta la dirección en una nota adhesiva, pero hace un ovillo con ella. La enfermedad de su padre la ha hecho muy sensible a la pérdida de memoria, por lo que intenta ejercitarla siempre que puede, recordando números y direcciones. A sus cuarenta años, se cansa con más facilidad al subir las escaleras y hace peor las digestiones, pero la cabeza le funciona perfectamente.

El alzheimer había amenazado a su padre durante años, antes de que un médico le diagnosticase la enfermedad. Había empezado por olvidarse de las fechas, los nombres y las direcciones; se dejaba las llaves dentro de la nevera o se ponía zapatos distintos en cada pie. Había sido como una gotera en un tejado, imperceptible al principio, pero que acabó destruyendo el edificio hasta sus cimientos.

Cristina observa su silueta en el espejo de la habitación. Tiene la piel muy pálida, el rostro moteado de pecas y un cuello largo, marfileño. En los últimos meses ha engordado varios kilos, pero su aspecto sigue recordando un poco a Kim Novak en la película *Vértigo*. A pesar del dinero que se gasta en cremas hidratantes y potingues antiarrugas, alrededor de sus ojos empiezan a perfilarse unos surcos profundos. Su pelo rubio, que había sido la envidia de sus amigas en la adolescencia, empieza a adquirir una tonalidad pajiza, como la de una prenda desteñida. Sin embargo, esos vestigios de la edad son sólo visibles desde distancias cortas y le permite a poca gente acercarse tanto. Para una mirada normal el cuerpo de Cristina ofrece un aspecto saludable y voluptuoso, el de una mujer que disfruta de la comida y no se ha dejado malograr por la cirugía estética.

Se viste una chaqueta de cuero, coge su pistola reglamentaria, una Walther P5 de nueve milímetros, y se arroja junto a la cesta de *Stitch*, el golden retriever que le regaló un antiguo novio que creía que así la ataba a él. Al final, Cristina se había quedado con el perro y despedido al novio.

Stitch levanta la cabeza con un gesto inteligente. Se tumba a los pies de Cristina para que pueda acariciarlo, pero en esta ocasión su dueña pasa de largo. El perro se incorpora con rapidez y la sigue hacia la puerta.

Esa noche no puede llevar a *Stitch* con ella. Cristina no tiene coche y, si no está diluviando, va a todos los sitios en bicicleta. A veces, cuando no hay mucho tráfico, lleva a *Stitch* atado del manillar. La bicicleta es el mejor medio para mantenerse en forma y perder los kilos que le sobran.

Si los hombres fuesen como *Stitch*, a Cristina no le importaría vivir con uno, incluso casarse. A diferencia de los perros, los hombres siempre piden más: más compromiso, más sexo, más tiempo. Son como niños, aunque éstos se van de casa cuando crecen y los hombres no hacen sino deteriorarse con los años. Y siempre intentan quedarse.

En la comisaría, Cristina tiene fama de hosca e indepen-

diente. Es una reputación que tardó años en labrarse y se siente orgullosa de ella.

El *commissaris* Van Sisk suele asignarle los casos más difíciles, y como nadie es capaz de trabajar con ella, puede llevar las investigaciones a su manera. Años atrás descubrió que trabajaba mejor en solitario. Para consejos y opiniones, le bastan los de su perro. *Stitch* sabe escuchar y eso es lo único que Cristina necesita: alguien que no la interrumpa mientras expone en voz alta sus teorías y llega por sí misma a las conclusiones.

Stitch ladra dos veces y saca la lengua, para indicarle a su dueña que tiene hambre. El veterinario había prescrito una sola comida al día y Cristina se mantiene inflexible. Los golden retriever que hacen poco ejercicio, como es el caso de *Stitch*, tienden a engordar si no se cuida su alimentación.

Cristina acaricia el lomo del perro y comprueba que tiene suficiente agua en su escudilla. Pone un disco compacto con la sinfonía *Heroica* en modo de repetición. *Stitch* se había acostumbrado de cachorro a la música clásica y, por muy aburrido o hambriento que esté, nunca ladra cuando suena Beethoven.

Consciente de que no saldrá a pasear esa noche, *Stitch* se tumba en su cesta de mimbre. Se hace un ovillo para mostrarle a Cristina su despecho. De poco le sirve que haya puesto su versión favorita de la *Heroica*, con Simon Rattle dirigiendo la Filarmónica de Berlín.

La bicicleta de Cristina está apoyada bajo las escaleras del portal. La noche está despejada y las avenidas, desiertas. Algunas estrellas apuntan en el cielo otoñal, emborronado por las luces de la ciudad. Pedalea por la avenida que bordea el río Amstel, siguiendo sus meandros en dirección al centro.

Hace dos semanas que no va a ver a su padre a la residencia. El alzheimer está causando estragos en su cerebro y muchas veces no reconoce a Cristina, o la confunde con su madre. Irá a visitarlo el sábado y, si hace buen tiempo, lo llevará a la iglesia. Su padre siempre ha sido un hombre muy religioso; aún

ahora, parece encontrar consuelo en las iglesias. Después lo acompañará a comer *oliebollen*, sus dulces favoritos; aunque esos buñuelos suelen tomarse principalmente la noche de fin de año, es fácil convencer a un enfermo de alzheimer de que cada sábado es Nochevieja.

Su padre constituye su única familia. Cristina no tiene hermanos, y sus abuelos han fallecido. Su único tío, el hermano de su padre, reside en la localidad costera de Harlingen, al norte del país. Por algún motivo que ignora, los dos hermanos habían discutido cuando Cristina era niña, y desde entonces no ha vuelto a ver a su tío Marco ni a su prima Danielle. Es algo de lo que su padre no quiere hablar, a pesar de que ha intentado sonsacarlo en muchas ocasiones. Cristina se ha propuesto ir a Harlingen para preguntarle a su tío por el motivo de esa abrupta separación, pero nunca ha encontrado el tiempo o el valor para hacerlo.

De niña apenas veía a su padre. Llegaba siempre muy tarde a casa. Al principio descargaba barcos en el puerto, cuando todavía eran necesarios hombres para esa tarea. La caída de un saco le había roto dos vértebras, obligándole a cambiar el oficio de estibador por el de encargado de una chatarrería. Ese trabajo, sin embargo, no podía explicar por qué su padre se marchaba todos los días al amanecer y regresaba cumplida la medianoche.

Cristina estaba tan intrigada por las ausencias de su padre que una noche, a la edad de diez años, había luchado con el sueño para esperarlo. Cuando su padre llegó, lo siguió de puntillas hasta el cuarto de baño y observó que tenía las manos manchadas de sangre. Cristina se había asustado tanto que, sin decirle nada a su padre, regresó a su habitación. Su imaginación infantil conjeturó que la sangre pertenecía a un perro atropellado, o a una persona a la que su padre había conducido al hospital; quizá fuese un héroe secreto, como Spiderman. Tres décadas después, Cristina todavía se pregunta a quién pertenecía la sangre que había visto aquella noche.

Al llegar a la calle Raadhuis enfila el canal de Herengracht,

hasta desembocar en Prinsengracht. Frente al número 18 se encuentra estacionado un coche de policía, cuyas luces parpadean sin hacer ruido.

Deja la bicicleta apoyada en una farola, sujeta con el candado. Tiene las manos heladas, a pesar de los guantes. Las fachadas de Prinsengracht, coronadas por gabletes y hastiales, ofrecen un aspecto desolado en la madrugada. La persona fallecida debía de tener una situación económica holgada: una casa flotante con derecho a amarre en Prinsengracht cuesta una fortuna; el bloqueo de permisos para el establecimiento de nuevas gabarras ha disparado el precio de las tres mil barcazas fondeadas en Ámsterdam.

Cristina se acerca a uno de los policías y le muestra su tarjeta de identificación. Junto a la barcaza, pintada de rojo y negro, un segundo agente conversa con una pareja de jóvenes.

—Soy la inspectora Molen. ¿Dónde está el cadáver?

—Dentro de la barcaza. No hemos tocado nada, para que no se quejen los de la policía científica.

—¿Han identificado el cadáver?

—Sólo sabemos que es una mujer. Estábamos esperando a que llegase usted.

—¿Quién descubrió a la muerta?

—Esos chicos. Fueron quienes llamaron a la policía.

Un teléfono móvil suena en el interior de la barcaza, con la obertura de *Guillermo Tell* de Rossini. Lo hace varias veces y después se detiene con brusquedad, a mitad de la melodía.

Cristina salta a la barcaza y baja los escalones hacia el salón. La mujer cuelga de una viga, con una cuerda atada al cuello. Tiene el rostro pálido e inexpresivo de todos los ahorcados, y su cuerpo se balancea con movimientos circulares, impulsado por el suave oleaje que mece la barcaza.

Se acerca al cadáver, tratando de no dejar marcas que compliquen la búsqueda posterior de huellas. La piel del cuello está enrojecida alrededor del lugar en el que la cuerda se ha hundido en la carne.

El color y la rigidez del cadáver sugieren que la mujer lleva

muerta varias horas. Cristina está tentada de cortar la soga, pero decide esperar a que los miembros de la policía científica hayan revisado el lugar a fondo.

Da una vuelta por la barcaza. Sobre la encimera de la cocina hay una pistola. Cristina la coge con un pañuelo, para no borrar huellas dactilares. No parece haber sido disparada recientemente. Se trata de una Beretta 92, de 9 milímetros de calibre, un arma que había sido utilizada por la policía y los ejércitos de varios países. No será fácil identificar a su propietario: esa pistola es una de las más habituales en el mercado ilegal de armas que controlan los traficantes de Europa del este.

Deja la pistola sobre la encimera y sale de la barcaza para hablar con los jóvenes que han descubierto el cadáver. La muchacha tirita de frío, a pesar de estar arropada por una manta.

—¿Qué hacíais en la barcaza?

—Queríamos resguardarnos del frío.

La voz del joven es decidida, como si hubiese anticipado esa pregunta.

—¿No sabéis que es ilegal entrar en una propiedad privada?

—No pretendíamos hacer nada malo.

—¿A qué hora descubristeis el cadáver?

—A las cuatro de la mañana. Llamamos a la policía de inmediato.

—¿Había alguien más en la barcaza cuando llegasteis?

—No vimos a nadie... Bueno, por la calle nos cruzamos con un hombre que paseaba un perro.

—¿Qué tipo de perro?

—Pequeño, de color negro. Las orejas le colgaban hasta el suelo.

—¿Visteis algo más que os llamara la atención?

—No.

—Está bien. Dadle al agente vuestros nombres y números de teléfono, por si necesitamos contactar con vosotros en los próximos días.

Un vehículo se detiene junto al cordón policial. De él desciende un hombre alto, enfundado en un abrigo. Se queda quieto frente a la barcaza, expectante.

—¿Busca a alguien? —le pregunta Cristina.

—Soy el doctor De Vries. He venido a ver a una paciente.

—¿Reside su paciente en esta barcaza?

—Sí. ¿Ha pasado algo?

—Hemos encontrado a una mujer ahorcada; quizás pueda ayudarnos a identificarla. Sígame, por favor.

Cristina guía al médico hacia el interior de la barcaza. El doctor De Vries se acerca para observar el cadáver.

—¿Es su paciente? —le pregunta la inspectora Molen.

El médico asiente. Se limpia las comisuras de los labios con un pañuelo que lleva bordadas sus iniciales.

—Su nombre es Agnes Grijn —precisa el doctor.

—En su opinión, ¿cuánto tiempo lleva muerta?

—No más de tres horas. El forense podrá darle una opinión más informada.

—¿Suele visitar a sus pacientes a estas horas?

—Agnes Grijn me llamó pasadas las once. Me pidió que viniese a verla.

—¿Le explicó el motivo?

—Es secreto profesional. No puedo darle esa información.

—Su paciente está muerta. ¿No cree que es un poco tarde para eso?

—Confío en que será discreta...

—Tanto como me sea posible.

—Agnes Grijn sufría de anorexia... Desde que a su padre le diagnosticaron un cáncer, padecía también episodios depresivos y crisis de ansiedad, acompañadas de insomnio y palpitaciones.

—¿Estaba en tratamiento?

—Tomaba citalopram, un antidepresivo, y fenobarbital, un sedante.

—¿Es usted psiquiatra?

—Soy médico generalista.

—Si me permite la pregunta, ¿por qué no la envió a un especialista?

—Le recomendé que acudiera a un psiquiatra, pero ella no quiso hacerlo. Hubiera sido como reconocer que estaba enferma.

—Durante su conversación telefónica, ¿qué le dijo Agnes Grijn exactamente?

—Había discutido con su marido y estaba pasando un mal momento.

—¿Cómo de malo?

—Estaba muy nerviosa, aunque parecía capaz de razonar.

—¿Por qué no vino usted antes?

—Tenía turno de guardia en el hospital y no podía salir. Le recomendé que se tomara un sedante. He venido lo antes posible.

El teléfono de Cristina empieza a sonar. La inspectora le pide al doctor De Vries que salga con ella de la barcaza. Una vez en el exterior, se separa unos metros del médico y responde al teléfono.

—Soy Tamara. ¿Te he despertado?

Eran casi las cinco de la mañana. ¿Qué hacía Tamara llamándola a esas horas? En el instituto eran amigas íntimas. Mientras fumaban a escondidas en el lavabo se contaban todas las cosas que habían hecho, o soñaban hacer con sus novios. Después sus vidas habían seguido cursos distintos. Tamara estudió periodismo y se casó. Había tenido una hija y fundado una revista que la catapultó al mundillo del relumbrón. Mientras Tamara se codeaba con famosos, o gentes que ambicionaban serlo, Cristina ingresó en la academia de policía. Su amiga nunca había comprendido cómo una mujer con el cuerpo y la inteligencia de Cristina podía pasarse el día persiguiendo a criminales, rodeada de hombres que olían a tabaco y sudor. Ni tampoco por qué nunca se había casado, aunque no le hubiesen faltado pretendientes.

—Tamara, ¿sabes qué hora es?

—Siento llamarte tan tarde. No lo haría si no fuese importante.

—¿Qué ocurre?

—Estoy muy preocupada por una amiga. Vino a casa a pasar unos días. Esta noche, sin decirme nada, me cogió las llaves del coche y desapareció.

—¿Había bebido?

—No.

—Entonces no te preocupes. Seguro que regresa en un par de horas.

—Tengo miedo de que haga alguna locura.

—¿Por qué iba a hacerla?

—Había discutido con su marido. Estaba muy nerviosa.

Cristina se muerde el labio inferior y exhala el aire con lentitud, empañando el cristal invisible de la noche.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Agnes Grijn.

Lo que menos le gusta a Cristina de su trabajo es tener que dar malas noticias.

Capítulo 3

Veinticuatro horas antes

Dirk duerme de espaldas a Denise. Ronca suavemente, sin que el ruido llegue a molestarla. Su brazo se contorsiona ligeramente hacia ella, y Denise siente el frío metálico del anillo en el valle entre sus pechos.

La mano de Dirk, fuerte y áspera, refleja como un espejo el trasfondo de su personalidad. Denise aparta su brazo cuidadosamente, para no despertarlo, y se levanta de la cama.

El olor a sexo es muy fuerte en la habitación. Denise recoge una bata de seda entre la ropa amontonada en el suelo y camina hacia el cuarto de estar. Sobre la mesa está la revista que compró la tarde anterior, para entretenerse mientras esperaba. Dirk siempre llega tarde. Alega que tiene mucho trabajo en la editorial, pero Denise no cree que los libros puedan mantener tan ocupado a nadie. Está segura de que lo hace para demostrarle que lleva las riendas de su relación.

Se sienta en el sofá, sin encender la luz para no despertar a Dirk. A través de la ventana emerge un eco asordinado de automóviles. Abre la revista y hojea un artículo con mil ideas de peinados diferentes, pero presta más atención al amanecer que empieza a colarse por la ventana.

Es la primera vez que ve despuntar el día en ese ático. Desde él se puede mirar de tú a tú a los viejos y nuevos ricos de Ámsterdam. Pequeño y acogedor, el ático pertenece a un amigo

de Dirk que lo utiliza para sus aventuras amorosas. Denise prefiere ese lugar a los hoteles impersonales y algo sórdidos a los que Dirk suele llevarla y que la hacen sentirse culpable a la mañana siguiente.

Tras los tejados de Bergstraat se adivina un fragmento del canal de Herengracht. Denise recuerda la última vez que estuvo con Dirk en ese ático. En aquella ocasión no habían podido quedarse a dormir, pues Dirk tenía que regresar a casa para celebrar su aniversario de boda.

Se levanta del sofá y observa su reflejo en el cristal de la vitrina. Tiene los cabellos de un castaño claro; los ojos, entre marrones y verdes; su nariz se asienta sobre unos labios carnosos aunque delicados.

Deja caer la bata para admirarse en el cristal. Parece una mariposa recién salida de su crisálida. Si fuese un hombre, desearía ese cuerpo —pálido, rosado, suave y duro a la vez— con todas sus fuerzas.

Vuelve a ceñirse la bata y recuerda las palabras de Dirk durante la cena. «Te noto más gorda.» Dirk no se enteraba nunca de nada, y menos de si ella engordaba. A él se le caía el pelo y Denise no le decía nada. ¿Quién se creía que era?

Lo que más le fastidia es que tenía razón. Había engordado medio kilo en el último mes. Para perder aquellos gramos de más no comería durante una semana. Así, con lo que ahorrase, podría comprarse el vestido de Renata Tombi del que se había enamorado.

¿Cómo reaccionaría Dirk si se enteraba de lo que había hecho? Seguro que montaba en cólera. No podría contárselo nunca. ¿Y si deliraba o lo confesaba en sueños? No, Dirk nunca llegaría a saberlo. Ni tampoco su mujer.

Se reclina en el sofá y deja que la bata se abra a la altura de su pelvis. Apoya el cuello en el respaldo y suspende su cabeza en el aire, percibiendo la gravedad en la caída de sus cabellos. En el dormitorio se oye la respiración entrecortada de Dirk. Siente deseos de masturbarse, pero la posibilidad de que Dirk se despierte y la descubra la disuade de hacerlo.

¿Dónde estará en ese momento Anita, su compañera de piso? Seguramente con algún cliente, a punto de acabar la noche. Decide llamarla, pero ha dejado su teléfono en el bolso, a los pies de la cama.

Para no tener que regresar al dormitorio, coge el teléfono de Dirk de encima de la mesa y se acerca a la ventana. Antes de marcar el número se asegura de que la puerta del dormitorio está cerrada: Dirk no soporta a Anita, un sentimiento compartido por aquella.

—Dime, amor mío.

La voz de Anita es sensual, pero fingida; Denise piensa que sólo un hombre puede ser indiferente al engaño que esconden esas palabras.

—Soy Denise.

—¿Qué cojones haces despierta a estas horas? ¿Te ha dado ahora por madrugar?

—No podía dormir —Denise oye el ruido de un motor—. ¿Has acabado la noche?

—Me queda un último cliente. Este cerdo debe de tener mucho dinero.

—Ten cuidado.

—En una hora estoy en casa. Ya tengo ganas... ¿Desde qué número me llamas?

—Desde el móvil de Dirk.

—¿No ibas a dejar a ese cabrón?

—Anita, no empieces...

—¿No ves que te está utilizando? ¿Por qué no deja a su mujer de una puta vez?

—Ahora no quiero discutir.

Hablar de su relación con Dirk le provoca ganas de llorar. Sabe que es para él una diversión, un entretenimiento al que renunciaría si se viese obligado a elegir entre ella y su familia.

—Tú no quieres hablar, y mientras tanto, él te folla y todos tan contentos.

Denise atisba el canal de Herengracht a través de la ven-

tana. En su superficie se reflejan las luces de la ciudad, em-
pequeñecidas por el inmenso amanecer.

—¿Qué tal te ha ido la noche? —cambia de tema Denise.

—Como siempre.

—Esa vida va a acabar contigo, Anita.

—Nada va a acabar conmigo.

—Tengo que colgar... luego te llamo.

Denise oye ruido de pasos en el dormitorio. Con un gesto infantil, esconde el teléfono en una maceta. Dirk irrumpe en el salón: tiene el pelo enmarañado y aire de cansancio por el sueño interrumpido.

—¿Qué hacías? —le pregunta con brusquedad.

—No podía dormir.

Dirk la abraza por la espalda. Le besa la nuca; después, el pelo. Denise observa el amanecer; intuye el mar tras el resplandor violáceo del horizonte.

—¿Por qué has escondido el teléfono? ¿Hablabas con tu amiga la puta?

—Anita no es una puta.

—¿Ah, no?

—Los putas son sus clientes, que creen que por un poco de dinero se puede comprar a una mujer.

—No creo que busquen a una mujer. Con un cuerpo tendrán suficiente.

Denise se muerde la lengua. Necesita pedirle dinero a Dirk, y una discusión en ese momento dificultaría las cosas.

—¡Joder! —exclama Dirk al ver su teléfono en la maceta—. ¿Sabes cuánto me costó este cacharro?

Dirk alarga su mano hacia la planta y coge el teléfono. Lo limpia contra sus calzoncillos, la única prenda que lleva encima.

—Lo siento —se disculpa Denise.

—Más lo siento yo. Vamos a la cama.

A Denise no le apetece hacer el amor. Está a punto de rechazarlo, pero finalmente le acompaña. Entran abrazados en

el dormitorio. Denise lo besa ostentosamente, para ocultar su desgana.

Las puertas del Markermeer, en la desembocadura del río Amstel, se abren a la luz de un nuevo día.

**Un apasionante *thriller* que llevará
a los amantes de la novela negra europea
al corazón de *Ámsterdam*.**

Una madrugada, una mujer aparece ahorcada en una barcaza en un canal de *Ámsterdam*. Todo apunta a que se trata de un suicidio. La inspectora Cristina Molen, de la brigada criminal de la ciudad, se hace cargo del caso. Esa misma mañana se descubre el cadáver de una prostituta en una sórdida habitación de hotel. La inspectora intuye que ambas muertes están relacionadas, y que en este caso nada ni nadie es lo que parece.

Jacinto Rey consigue introducirnos en un sutil y fascinante juego de espejos, en el que todos y cada uno de los personajes tienen algo que ocultar, incluso el padre de la inspectora Molen... Una trama de cruces y desencuentros que no nos dará ni un solo minuto de respiro.

16 €

ISBN 978-84-937109-1-0



9 788493 710910

viceversa
EDITORIAL

www.editorialviceversa.com